



GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
CÓRDOBA



ENTRE
TODOS

MANIFIESTO

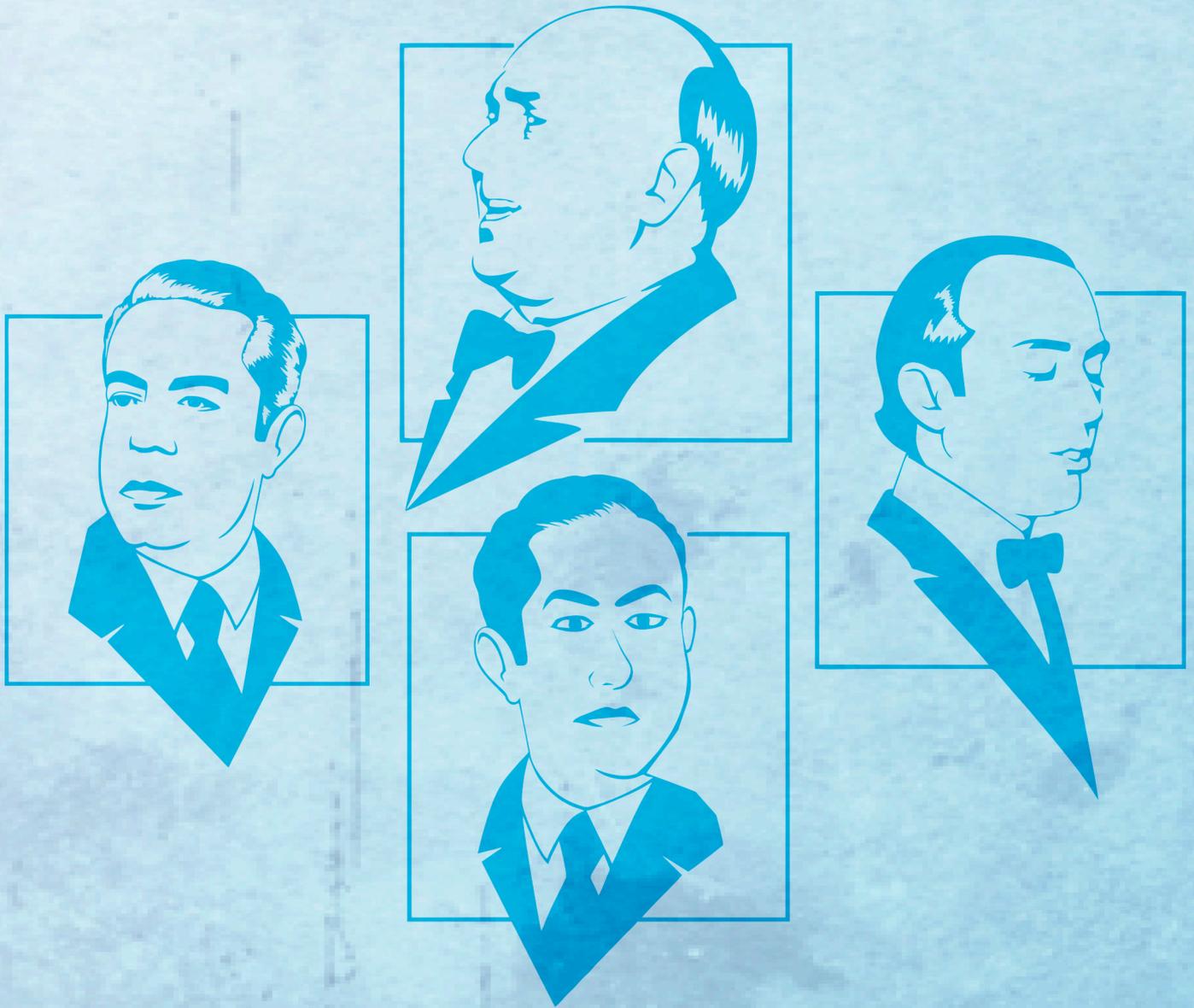
REFORMA UNIVERSITARIA Y FILOSOFÍA EN CÓRDOBA

Subsecretaría de
**PROMOCIÓN DE IGUALDAD
Y CALIDAD EDUCATIVA**

Ministerio de
**CIENCIA
Y TECNOLOGÍA**

Ministerio de
EDUCACIÓN





REFORMA UNIVERSITARIA Y FILOSOFÍA EN CÓRDOBA

ÍNDICE

Módulo III. La juventud americana en la historia de occidente	2
Presentación	2
3.1 Ciencia, técnica, progreso. “La humanidad perdida”	7
Presentación	7
Texto Fuente: Carlos Astrada. La deshumanización de Occidente.	11
3.2 Crisis, revisiones, oportunidades. “La hora americana”	17
Presentación	17
Texto Fuente:	
Saúl Taborda. Reflexiones sobre el ideal político de América Latina.	21
- Una voz	21
-Rectificar a Europa	24
3.3 Universidad, cultura, sociedad. “La juventud heroica”	27
Presentación	27
Texto Fuente: Deodoro Roca. La nueva generación americana.	21
Bibliografía	34

MÓDULO III

LA JUVENTUD AMERICANA EN LA HISTORIA DE OCCIDENTE

“Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son -y dolorosas- de todo el continente”.

Como mencionamos en el primer módulo, a principios del siglo XX, tanto a nivel local como internacional, se produjeron acontecimientos de gran escala, que trajeron aparejada una revisión profunda de los postulados de la cultura occidental en lo referente al curso de la historia y al lugar del hombre en ella.

Al igual que ocurría con el conocimiento y la verdad, durante siglos, la historia de Occidente se había concebido sobre la base de una matriz de pensamiento cristiano. La fe en un Dios, creador y garante del orden, hacía suponer que la totalidad de los acontecimientos se desenvolvían de manera lineal, ordenada y teleológica. ¿Podía existir bajo este sistema de pensamiento algo que escapara a la voluntad divina? ¿Algún elemento disruptor alteraría aquel plan que aun siendo trascendente o externo a los hombres determinaba sus destinos? ¿Estaba en la capacidad de acción del hombre la posibilidad de imprimirle un nuevo rumbo y sentido a la historia? Pasaron varios siglos hasta que este tipo de ideas comenzaron a desplegarse. Serán referentes de la modernidad filosófica (Herder, Kant, Hegel, Comte, Spencer, Marx, entre otros) quiénes propondrán

reinterpretar la historia en un sentido inmanente y racional. Ya no es la Providencia Divina quién gobierna los destinos del hombre, sino que es él mismo quién lo construye a través de la Razón. A partir de entonces, la meta forzosa o el fin del decurso histórico pasó a ser la perfección terrenal de la condición humana, tanto en su aspecto material como social y moral; perfección sólo realizable a través de un despliegue autónomo de la razón. La idea de “progreso” irrumpió así en la cultura occidental, convirtiéndose en el principal fundamento de la concepción moderna de la historia.

El devenir histórico, bajo un modelo u otro, presentó entonces un orden necesario e inteligible que tiende inevitablemente hacia lo mejor. Ahora bien, cabe preguntarse si esa tendencia tiene que ver con una posible adecuación del hombre a un plan divino, o si responde, más bien, a la capacidad humana de forjarse un destino propio, acorde a sus necesidades y ambiciones. Durante una época, ambas posiciones convivieron en el ámbito intelectual (científicos, filósofos, teólogos), ya sea con fuertes tensiones, ya sea con posiciones más equilibradas. Fue necesario que un evento o conjunto de ellos, atravesara de lleno la cotidianidad de la vida humana, para que estas reflexiones se volvieran acuciantes y obligaran a revisar de manera radical los presupuestos sobre los que la civilización occidental había asentado su desarrollo.

¿Estos paradigmas aún siguen vigentes? ¿En qué discusiones actuales se pueden encontrar actuando estas dos visiones de la historia y del hombre? ¿Quiénes son sus referentes actuales? ¿Qué otros paradigmas tienen lugar en nuestra época contemporánea?



Como señalamos en el primer módulo, a poco de entrada el Siglo XX, un conflicto bélico de proporciones inusitadas sacudió a Occidente poniendo en evidencia la capacidad de destrucción que el hombre era capaz de desplegar, al tiempo que mostró cuán limitada era su capacidad para dirimir pacíficamente los conflictos de intereses que se presentaban en un orden global caracterizado por el anhelo de riqueza y dominación. Es entonces, a partir de la Primera Guerra Mundial, que los pensadores de Occidente, desde posiciones más pesimistas, comenzaron a poner en entredicho, principalmente, la fe en el progreso en tanto ley del desarrollo de la historia. Y junto con ello, revisaron también el lugar que los hombres y mujeres tenían en la historia, que hasta entonces no era sino un rol pasivo ante un progreso forzoso.

Transcurría una época en que el desarrollo de la racionalidad científica había logrado desplazar el dogmatismo religioso y avanzaba, consolidada, hacia un ordenamiento humano y racional de la historia. Pero este progreso no sólo implicaba el desarrollo de las ciencias, mejoras en la calidad de vida de las personas, dominio de la naturaleza; de él surgía también un acontecimiento de consecuencias atroces. Occidente se encontraba entonces ante el derrumbe de sus certezas y el cuestionamiento de sus principios: era un tiempo de incertidumbre, pero también de una fuerte interpelación.

¿Es posible identificar algún acontecimiento en la historia reciente que haya generado una crisis o revisión de fondo sobre los principios/valores en los que se apoya el desarrollo de nuestra civilización?



Los intelectuales argentinos no eran ajenos a esta tradición ni tampoco a estas revisiones críticas. No obstante, estos cuestionamientos se realizaban desde las particularidades del contexto local. Durante aquellos años, como vimos en el primer módulo, en el país se consolidaba el llamado “proceso de modernización” -ideado por la generación del '37 y puesto en marcha por la élite dirigente desde 1880. Ello generaba una situación en cierta medida diferente a la que se vivía en Europa. Aquí se podía advertir prosperidad económica, apertura política, avances técnicos e industriales, expansión geográfica y desarrollo cultural, aunque, como en la Europa de la preguerra, también había una marcada desigualdad social, miseria, marginalidad y explotación laboral. Esta situación, además, conllevaba una importante serie de conflictos a lo largo de todo el territorio nacional, cuyo pico más alto se alcanzaría en los sucesos de enero de 1919, conocidos como la “Semana Trágica”. Al interior de la intelectualidad argentina, entonces, este contexto de grandes transformaciones, que anteriormente llamamos “cuestión social”, se tradujo en una fuerte tensión: por una parte, el proceso de modernización traía cambios que podían inscribirse dentro de la lógica del progreso, pero, por otra parte, el paradigma en el que se inscribía ese progreso y que venía sirviendo de modelo para el desarrollo de la nación, se encontraba atravesando una fuerte crisis.

Niños, niñas y jóvenes en los sucesos de la Semana trágica, realizando barricadas con adoquines para impedir el avance de la policía. Para más detalles sobre estos acontecimientos se puede ver el capítulo “La Semana Trágica” de la serie documental emitida por la TV pública, *Huellas de un siglo*.
https://www.youtube.com/watch?v=2a_YMOsVVpA.



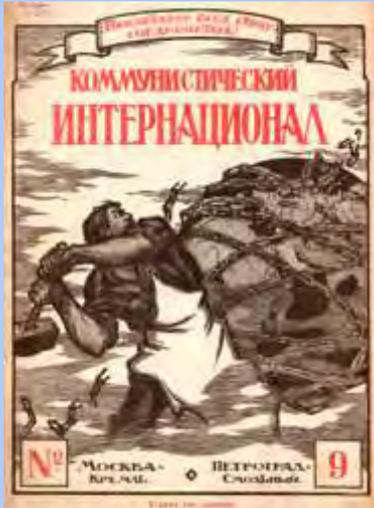
El ferrocarril fue uno de los elementos más representativos del “progreso” ya que permitió expandir las ciudades, unir el territorio y comerciar internacionalmente. La Estación de Alta Córdoba, llamada “Estación Belgrano”, fue inaugurada en 1891. El Ferrocarril Central de Córdoba se fundó en 1887 con capitales británicos y unía Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Tucumán.

En íntima relación con lo anterior, la juventud estudiantil, que comenzaba a disputar un espacio propio en el campo intelectual, se encontró ante el desafío de esbozar nuevas categorías para pensarse a sí misma y redefinir su rol en la historia de la nación y de Occidente. En este sentido, la idea de juventud, acompañada de la noción de nueva generación, pasó a ocupar una posición central en las propuestas de los pensadores cordobeses vinculados a la Reforma Universitaria. Además, la reflexión sobre la historia de Occidente obligaba a pensar el lugar de América en dicho desarrollo y su relación con la centralidad cultural de Europa*. Gran parte de los filósofos e intelectuales europeos, precisamente por su carácter centralista, habían desplazado a América al lugar de la no-historia, del retraso civilizatorio o de la marginalidad cultural. Ello fue aceptado por muchos pensadores americanos, pero en virtud de la crisis en que se hallaba sumergido el paradigma europeo y dada la situación local, ellos, en particular los jóvenes reformistas, comprendieron que América, y con ella la juventud americana, estaba llamada a ocupar un rol activo y un espacio de relevancia en el derrotero de la cultura occidental.

Recuperando lo visto en el primer módulo, cabe destacar que al tiempo que la Gran Guerra impregnaba de pesimismo la atmósfera intelectual de principios de siglo, otro acontecimiento entusiasmaba por su carácter renovador. La Revolución Rusa, en pleno desarrollo por aquellos años, inauguraba un nuevo mundo, mostraba un nuevo modo de entender al hombre y a la historia; e interpelaba a los intelectuales por su carácter de movimiento de raíces populares, portador de ideales de progreso vinculados a la economía colaborativa, la justicia social, la organización comunitaria, la revalorización de las capacidades humanas y la convicción de que era el hombre el que le imprimía un rumbo a la historia.

La juventud americana, principalmente la de carácter universitario, encontró así el contexto y la motivación para comprometerse activamente en la historia de su nación, de América y de Occidente. Y de este modo, asumió como primera tarea la reflexión sobre sus capacidades, sus espacios e instrumentos de acción, sus diferencias y semejanzas con las generaciones anteriores, sus vínculos con los demás sectores de la sociedad, entre otras tantas cuestiones. Comprendió que redefiniendo ese lugar americano y nacional, debía ofrecer una nueva perspectiva para abordar los grandes problemas de la cultura occidental.

**Un ejemplo de la centralidad cultural europea lo encontramos en Hegel cuando en su Filosofía de la Historia dice que “de América y su cultura tenemos noticias, pero sólo aquellas de que la misma era un cultura completamente natural que tenía que perecer tan pronto como el espíritu se le aproximara. América se ha mostrado siempre física y mentalmente desfallecida y sigue mostrándose así, pues los nativos han perecido, después que los europeos aterrizaran en América”*



Portada del número nueve de la revista La Internacional Comunista. En ella se puede ver a un obrero rompiendo con su fuerza y con su elemento de trabajo las cadenas con las que el capitalismo somete a los pueblos de todo el mundo. La revista fue publicada 1919 y se editó en ruso, inglés, alemán y francés; era el órgano del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. La III Internacional se fundó en marzo de 1919 en Moscú con la intención de recuperar la teoría y práctica marxista.

A continuación ofrecemos una selección de textos de tres de los principales referentes del movimiento estudiantil reformista de Córdoba, como lo son Carlos Astrada, Saúl Taborda y Deodoro Roca. Del primero tomamos algunos extractos de su ensayo de 1925, “La deshumanización de Occidente”. Allí nos concentraremos en la crítica que el joven cordobés realiza a la concepción occidental del hombre y de la historia, en particular a la noción de progreso. Sin romper de manera radical con esa tradición, Astrada propondrá modificaciones / rectificaciones, para salvar a Occidente de las trágicas consecuencias que de ellas se derivan. De Taborda incluiremos algunas secciones de su libro “Reflexiones sobre el ideal político de América Latina”, para marcar con ellas la situación de la civilización europea y el lugar que ocupó y que pasa a ocupar América en la historia según sus características, problemas y potencialidades. Para el caso de Deodoro Roca, nos enfocaremos en “La nueva generación americana”, discurso de 1918, donde, partiendo de la situación de América en los inicios del siglo XX, define el rol de la juventud universitaria en el destino de Occidente en general, y de la nación argentina en particular.

3.1 CIENCIA, TÉCNICA, PROGRESO - La humanidad perdida

Como venimos diciendo, durante las primeras décadas del siglo XX, fue un lugar común considerar que la cultura occidental se encontraba en una situación de crisis y de grandes cambios. Esto era fuertemente reforzado con acontecimientos como la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Muchos intelectuales europeos y también americanos, y argentinos en particular, se preocuparon y ocuparon de esta cuestión. El joven cordobés Carlos Astrada, en su artículo “La Deshumanización de Occidente”, ensaya una reflexión en la que ofrece un diagnóstico del estado social, cultural e intelectual de su tiempo intentando dar cuenta del porqué de la crisis.

“La deshumanización de Occidente” de Carlos Astrada apareció en 1925 en la Revista Sagitario, publicación que surgió en La Plata y se especializó en temáticas vinculadas a las humanidades. Entre sus propósitos se encontraba la incorporación y puesta en discusión de nuevas corrientes filosóficas e ideologías políticas. Además, aspiraba a promover la renovación social y cultural en América reivindicando para ello el rol de la juventud, al tiempo que proponía rescatar y hacer extensivo a todo el campo político-social, los ideales de la Reforma Universitaria.

Astrada pensó la cultura occidental en términos de su destino; más aún, indicó que era esa la gran preocupación de la época. Esto implicó un abordaje específico de los acontecimientos que habían ido marcando su rumbo. Lejos de concebirse a la historia como un encadenamiento aleatorio de hechos, se intentó dar cuenta de ella en tanto un proceso cuyo desarrollo tuvo una lógica, un sentido determinado y una idea reguladora que trascendió y resignificó cada evento. Reflexionar sobre ese pasado que nos precede, sobre este tiempo que nos toca transcurrir y sobre el futuro que nos es posible proyectar significa proponer una mirada filosófica, especulativa, de la historia.



Astrada, en tanto heredero de esa tradición filosófica, se preguntó por la tendencia que mejor definía “el carácter de nuestra civilización” y encontró que lo que predominaba en ella era una forma de pensar absolutista, la cual llevó al hombre occidental a sostener un monismo cultural y un universalismo antropológico. De acuerdo con esto, el hombre de occidente consideró que su cultura era la cultura, mientras que las culturas no-occidentales o no-europeas no eran sino elementos subsidiarios, periféricos, que se agregan como capítulos secundarios de un desarrollo que tiene a Occidente y al hombre occidental, como el hombre o el representante de la humanidad, como centro y protagonista. La historia, en este marco, se concibió como un proceso único y lineal, en el cual la cultura se va desarrollando, creciendo e integrando, al ritmo que lo marcaba la civilización occidental; siendo la cultura occidental la única que en sentido estricto era –en palabras de Astrada– “merecedora de ese nombre”. Es decir, a fin de cuenta, lo que valía para la cultura y el hombre occidental, valía para todo tiempo y lugar.

No obstante, en tanto crítico de esa misma tradición, y en sintonía con las variaciones o rectificaciones que se habían producido a partir de pensadores como Oswald Spengler y José Ortega y Gasset –de quienes Astrada tomó el título de este artículo–, pretendió desplazarse hacia posiciones que ponían en cuestión esta preeminencia de Occidente sobre cualquier otra sociedad, cultura o tradición. En particular, Astrada optó por defender una postura más cercana al relativismo, esto implicaba la idea de que toda conclusión, idea u observación del hombre occidental tenía una validez precaria, limitada, singular e histórica; o bien, sólo tenía validez en un tiempo y lugar determinado, por lo que no podía extenderse a todos los hombres y a todas las culturas. Esto implicó, por un lado, reconocer una pluralidad de civilizaciones o culturas portadoras, cada una, de una visión de mundo diferente y muchas veces divergentes entre sí; y por el otro, acercarse a una mirada antropológica dispuesta a destacar lo que hay de singular en el hombre.

José Ortega y Gasset (1883-1955) fue un filósofo español de gran trascendencia en nuestro país. Visitó la Argentina en 1916 y en 1928. En el primero de estos viajes generó gran repercusión con sus cursos sobre Kant y con sus conferencias sobre filosofía contemporánea, realizando una fuerte crítica al positivismo aún arraigado en la intelectualidad e instituciones nacionales. Con sus libros España Invertebrada (1921), El tema de nuestro tiempo (1923), La deshumanización del arte (1925) y la Rebelión de las masas (1929), transmitió el perspectivismo, la idea de la razón vital y el novecentismo, cuyas nociones de “generación” y “sensibilidad” fueron apropiadas y disputadas por los jóvenes reformistas argentinos. Oswald Spengler (1880-1936) fue un filósofo e historiador alemán, publicó en 1918 y 1923 La Decadencia de Occidente. Con este libro tuvo gran repercusión en todo el mundo, particularmente en nuestro país. Allí propuso una visión cíclica y organicista de la historia, en la que diagnosticaba el fin del ciclo histórico que se había dado en llamar Occidente. En 1924, Raúl Orgaz y Enrique Martínez Paz le organizaron un homenaje en la Facultad de Derecho de la UNC.

Retomando el diagnóstico del autor, ¿Qué es exactamente lo que define a esa cultura occidental y al hombre que la representa? Para Astrada, desde el Renacimiento en adelante la cultura occidental ha puesto al hombre o a la personalidad humana en un lugar central. Solo de él dependía mejorar sus condiciones de vida, a través del despliegue de sus propias capacidades y sin apelar a factores externos. Para ello era necesario observar, teorizar, experimentar, dominar la naturaleza, hacer del mundo un lugar previsible en el que no solo se pudiera satisfacer necesidades humanas esenciales, sino también ambiciones de acumulación material y expansión económica. ¿Cómo podría el hombre alcanzar estas metas sino privilegiando, por sobre cualquier cualidad o disposición humana, la capacidad racional? A partir de la razón se fundó una cultura científica, la cual, luego, devino técnica, y finalmente, con la revolución industrial, se tradujo en el “maquinismo”. Para entender, enfrentar y conquistar el mundo... ¿al hombre sólo le basta con su razón?

Hoy vivimos en un mundo hipercomunicado, donde la información fluye vertiginosamente y es, por diferentes medios, accesible a grandes porciones de la población mundial. ¿Es posible que una cultura se vuelva a erigir como referente único de la civilización y la humanidad o las posibilidades de un relativismo cultural son más reales? ¿Qué implicancias, positivas o negativas, pueden conllevar hoy ambas situaciones?



Ahora bien, estos desarrollos, para Astrada, eran “formas externas de la civilización”. Si precisamos un poco esta idea podemos iluminar el sentido general del texto. Todo en lo que el hombre invierte sus energías, es de carácter externo, es decir, está concebido para enfrentar y dominar una realidad que está por fuera de él. Los productos de la civilización se inscriben en la lógica científico-técnica y con ella, en la corriente de la “especialización” que caracteriza a la vida moderna, cuyas características ya destacamos en el módulo anterior. El hombre se encuentra cada vez más especializado, tanto por el desarrollo científico como por el predominio de la industria, y en ese sentido, se ha convertido en un simple mecanismo destinado a cumplir una fragmentaria y preestablecida tarea. Lejos de explotar su capacidad creativa o su libertad, el hombre se empobrece al punto de convertirse en una pieza más de la máquina, en un autómatas. Desprovisto de ideales genuinamente “humanos” que regulen y unifiquen su experiencia del mundo, su vida transcurre bajo exigencias utilitarias que no permiten el desarrollo libre y completo de su personalidad, ni su perfeccionamiento intelectual y moral.

La filosofía de la historia se consolidó como disciplina filosófica durante la modernidad. Hegel (1770-1831) fue uno de sus principales exponentes y el primero en abordarla de manera sistemática. Otros autores importantes de esa rama de la filosofía son Herder, Kant, Marx, Spencer, Dilthey, Spengler, Heidegger, por citar solo algunos. Las principales preguntas que atraviesan a la filosofía especulativa de la historia giran en torno a la cuestión del orden y del propósito de la historia, de la forma de su desarrollo, de los principios que conectan a los acontecimientos entre sí, del lugar que tiene el pasado en el presente, del papel de los hombres y las mujeres en el curso de la historia, etc.

El hombre como “un medio para...” y no como un “fin en sí mismo” es lo que sintetiza esta idea de que la realidad externa se valora por sobre la interioridad; la actividad automática por sobre el despliegue de fuerzas vitales y espirituales; la especialización por sobre una idea unificadora de vida. Así pues, Astrada vio que el hombre occidental, ese que estaba al servicio de la civilización y atento a sus demandas (mezquinas, sesgadas) de “progreso”, era un hombre fragmentado, cada vez más lejos de concebirse como un todo; un hombre cada vez menos humano, un hombre deshumanizado.

Durante los últimos años hemos vivido grandes hitos tecnológicos tanto en el ámbito de las comunicaciones, como en el de la alimentación, la medicina, entre otros tantos. ¿Es posible aplicar el diagnóstico de Astrada para leer nuestro presente? Un buen recurso para pensar esta cuestión es la serie Black Mirror.



Si efectivamente vivimos en el mundo de la técnica ¿es posible que esa técnica sea humanizada, es decir, que sea puesta al servicio del hombre y no este al servicio de aquella? Esta pregunta sintetiza el núcleo problemático al que se enfrenta este nuevo tiempo histórico que describió Astrada, aunque los cuestionamientos podrían hacerse extensivos a otras etapas de la historia de la humanidad ¿Es la técnica susceptible de humanización? ¿Hay razones para abogar por una humanización de la técnica? ¿Es conciliable el progreso científico-técnico-material con un progreso de carácter moral? ¿Cuáles son las implicancias que tiene la tecnología en nuestras vidas tanto a nivel individual como colectivo? ¿Qué importancia tiene la técnica para el desarrollado del hombre y de las sociedades? Si se entiende que es posible y necesario imprimir un nuevo rumbo y sentido a la historia, estas preguntas deberán ocupar un lugar central en toda reflexión filosófica.



Tiempos modernos de Charles Chaplin (1936) sirve para representar el diagnóstico que aquí hace Astrada, sobre todo en lo referente a la relación hombre-máquina, pero también abre un debate de mayor alcance en relación a la situación de la humanidad pos-Revolución Industrial.

Textos fuentes

La deshumanización de Occidente

Carlos Astrada



Conceptos preliminares

En los más significativos representantes del pensamiento contemporáneo, el núcleo central, el leit-motiv reiterado de su ideación, de sus preocupaciones intelectuales es la suerte, el destino de la cultura occidental. Tal es el gran tema de actualidad, cuya sola enunciación despierta las más ricas resonancias espirituales y concentra en sí la atención de filósofos, historiadores, sociólogos, economistas y etnólogos.

[...]

GLOSARIO

Absoluto: Aquello que es incondicionado, independiente, completo, eterno, inmutable, imperecedero, ilimitado, que es lo que es indiferentemente de sus relaciones.

Relativo: Noción opuesta a Absoluto. Aquello que es incompleto, condicionado, es mutable, perecedero y limitado, que es lo que es en la medida de sus relaciones. El relativismo, como doctrina filosófica, sostiene que cualquier conocimiento es o no válido dependiendo de su época o de las condiciones socio-culturales en las que se encuadra.

Renacimiento: Término con el que se designa al período de la historia europea comprendido por los siglos XV y XVI; comúnmente definido como un período de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna. Se caracteriza por el desarrollo del humanismo y la recuperación de la cultura greco-romana.

Fiat utilitario: (del latín *fiates*) Hace referencia a un mandato o consentimiento para que algo pueda tener efecto. Aquí remite al mandato de anteponer la utilidad ante cualquier otra cualidad

Nos concretaremos a señalar la tendencia que mejor define el carácter de nuestra civilización –modalidad del alma occidental más acusada y manifiesta en la época actual que en ninguna de las precedentes. Pero antes nos es necesario presentar en escorzo las ideas, los pensamientos de amplia trayectoria que desde hace tres décadas comenzaron a irrumpir, con singular pujanza, en el ámbito de la cultura europea; pensamientos nuevos que implican una rectificación de viejas concepciones y viene a invalidar una inveterada manera de pensar. Ideas y pensamientos que, en última instancia, expresan, de un modo imperfecto todavía, la radical variación que se está operando en los estratos profundos de la sensibilidad del hombre occidental.

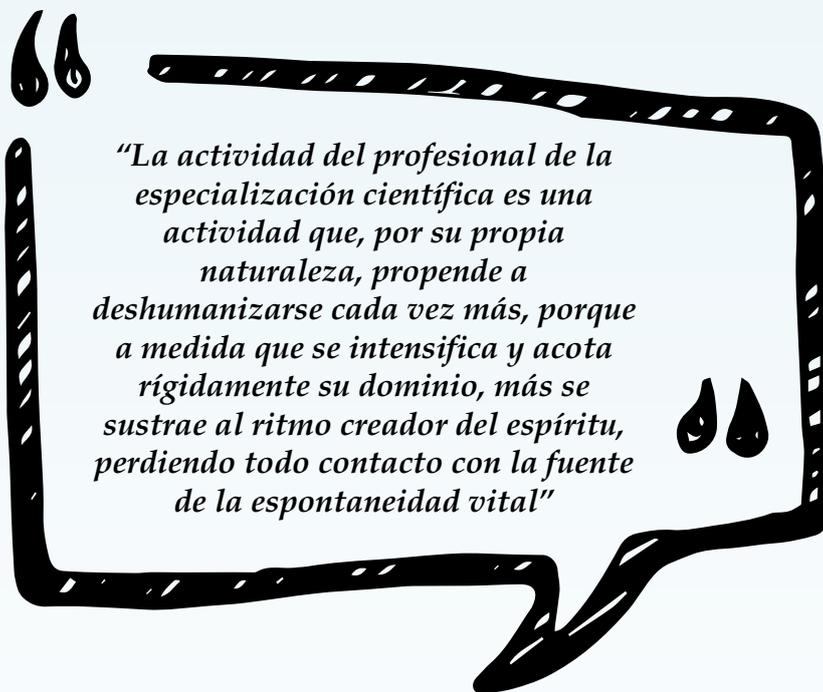
El hombre blanco de occidente, en su absolutismo, estaba ya acostumbrado a razonar sobre la civilización o la cultura, refiriéndose exclusivamente a las que él pertenece, como si no existiesen otras civilizaciones u otras culturas distintas de la suya, era sólo porque las consideraba como aportes históricos a la propia, así como se tiene en cuenta a las pequeñas corrientes, por ser tributarias de un gran río.

[...]

Llevado por esta disposición absolutista de su mentalidad, el pensador occidental hablaba de la humanidad civilizada, entendiéndolo afirmar con esta expresión un privilegio exclusivo de la que él integra. Concebía la historia como un proceso único, cuyas etapas –orientadas hacia una finalidad predeterminada–discriminaba y estudiaba de acuerdo a la modalidad del propio espíritu.

[...]

Nos concretaremos a señalar la tendencia que mejor define el carácter de nuestra civilización –modalidad del alma occidental más acusada y manifiesta en la época actual que en ninguna de las precedentes. Pero antes nos es necesario presentar en escorzo las ideas, los pensamientos de amplia trayectoria que desde hace tres décadas comenzaron a irrumpir, con singular pujanza, en el ámbito de la cultura europea; pensamientos nuevos que implican una rectificación de viejas



concepciones y viene a invalidar una inveterada manera de pensar. Ideas y pensamientos que, en última instancia, expresan, de un modo imperfecto todavía, la radical variación que se está operando en los estratos profundos de la sensibilidad del hombre occidental.

El hombre blanco de occidente, en su absolutismo, estaba ya acostumbrado a razonar sobre la civilización o la cultura, refiriéndose exclusivamente a las que él pertenece, como si no existiesen otras civilizaciones u otras culturas distintas de la suya, era sólo porque las consideraba como aportes históricos a la propia, así como se tiene en cuenta a las pequeñas corrientes, por ser tributarias de un gran río.

[...]

Llevado por esta disposición absolutista de su mentalidad, el pensador occidental hablaba de la humanidad civilizada, entendiéndola afirmando con esta expresión un privilegio exclusivo de la que él integra. Concebía la historia como un proceso único, cuyas etapas –orientadas hacia una finalidad predeterminada– discriminaba y estudiaba de acuerdo a la modalidad del propio espíritu.

[...]

Los filósofos y teorizadores de occidente estaban habituados a asignar a sus nociones, ideas y observaciones carácter absoluto, en la convicción de que valen para el hombre de todo tiempo y de cualquier latitud. Incurrían en el error de postular, como algo real, un hombre universal, precisamente porque no reparaban en la existencia de diferentes tipos de humanidad. Ante semejante inclinación generalizadora del pensador occidental, cabe preguntar, con Oswald Spengler: « ¿qué pueden significar para nosotros esas ideas y perspectivas que se presentan con la pretensión de una validez universal y cuyo horizonte no excede en realidad los límites de la atmósfera ideológica del europeo occidental? » Lo que le falta al pensador occidental, según el autor de «La decadencia de Occidente», es «la comprensión de que sus conclusiones tienen un carácter histórico relativo, de que no son sino la expresión de un modo de ser singular y sólo de él. El pensador occidental ignora los necesarios límites en que se encierra la validez de sus asertos; no sabe que sus «verdades incommovibles», sus «verdades eternas» son verdaderas sólo para él y son eternas solo para su propia visión del mundo.

[...]

Esa tendencia exclusivista del pensamiento occidental, que Ortega llama, con propiedad, «monismo cultural», ha venido a ser corregida, mejor aún, invalidada por un criterio histórico más amplio y seguro depurado en investigaciones más o menos recientes, particularmente en los dominios de la etnología y de la historia del arte. Como consecuencia de esta necesaria rectificación, la mentalidad de nuestro tiempo dilata el horizonte de sus búsquedas, se ejercita en una más fina e integral percepción de los valores humanos, conquista, en suma, una nueva manera de pensar el universo histórico, que comprende y acepta como contenido de éste, en toda época, pluralidad de civilizaciones –orbes independientes– con modalidades espirituales distintas y, también, con distintas propensiones vitales.

I.

Esbozadas las nuevas ideas que orientan al pensamiento actual, podemos ya enfocar, con la necesaria perspectiva, nuestro problema, destacando, en sus líneas generales, la tendencia hacia la deshumanización que hoy caracteriza a la civilización de occidente.

[...]

El gran poeta indio Rabindranath Tagore – hombre representativo de la cultura oriental – ha dicho en una conferencia memorable, pronunciada en la Universidad de Tokio, en Junio de 1916, que nuestra civilización, la occidental, «es una civilización científica y no humana». [...]

Efectivamente, el rasgo saliente de la que se llama –de acuerdo a la habitual división de la historia– edad contemporánea, es la realidad del progreso material, el incremento enorme adquirido por las formas externas de la civilización: técnica, maquinismo, industria.

El hombre europeo se siente dueño de su destino; eliminadas las cortapisas dogmáticas que trababan el libre movimiento de su espíritu, escudriña ansioso la naturaleza. Por obra de este ejercicio fecundo de su intelecto comienzan a constituirse las disciplinas científicas. Nuevos descubrimientos dan pábulo a su inexhausta curiosidad y, adivinando el futuro poder del instrumento que estaba forjando, todavía demasiado imperfecto –la ciencia– sueña con señorear el universo material.

[...]

Ya estamos en la edad científica, por antonomasia. El apogeo de la ciencia, con su corolario el perfeccionamiento de la técnica y el progreso de la industria, ha engendrado fatalmente el vértigo de las conquistas materiales, la sed insaciable de riquezas. Es un paso gigantesco hacia la deshumanización.

Se acusa un notable descenso de la vida del espíritu; el hombre occidental comienza a eclipsarse,

transformándose en un tornillo de la gran máquina, en un autómatas de la especialización científica. Por este camino se actúa cada vez más la primacía de las cosas y del factor mecánico, relegándose a un último plano el mundo de lo humano que alumbró la aurora del Renacimiento.

Paralelamente a este fenómeno, el mundo contemporáneo ha visto prosperar la idea «progreso», que se ha extendido a los distintos dominios de la actividad humana. Se habla de «progreso científico», de «progreso moral», de «progreso material», etc. esta idea, cara al espíritu occidental, se robustece y cobra valor hasta el punto que llega a ser dogma indiscutido.



El progreso material, en sus diferentes aspectos, es, desde luego, el hecho más evidente, la realidad que traduce, casi íntegramente, el carácter de nuestra época. Es cierto que el hombre occidental pondera, como algo efectivo, el progreso moral, y se enorgullece hasta el éxtasis del progreso científico.

En lo que hace a este último, bien examinadas las cosas, se comprueba que sus resultados, en su mayor parte, se circunscriben a las ciencias aplicadas, y que son bien escasos en la esfera de la ciencia pura. El interés especulativo de la ciencia es mínimo, siendo sus objetivos preferentemente prácticos.

Por eso, más propiamente que de progreso científico, en sentido estricto, cabe hablar de progreso técnico e industrial. El decantado progreso de la ciencia, lejos de contribuir al enriquecimiento y elevación espiritual del hombre, se resuelve, en definitiva, en avasallante progreso material. La labor especializada de la ciencia beneficia materialmente a la civilización, pero al precio de la mutilación espiritual de los que hacen profesión de ella. La especialización científica, la llamada división del trabajo –especie defiatutilitario de la civilización moderna– hace del hombre un autómatas, transformando su inteligencia en un mecanismo inánime. Es que la investigación científica en estas condiciones, carente de un principio unificador, de una visión integral, tiende fatalmente a mecanizar el hombre; agosta su emotividad, mata su alma.

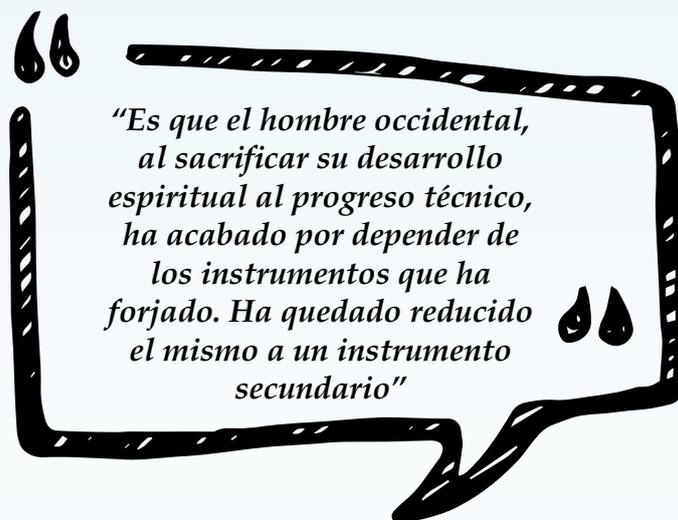
[...]

La actividad del profesional de la especialización científica es una actividad que, por su propia naturaleza, propende a deshumanizarse cada vez más, porque a medida que se intensifica yacota rígidamente su dominio, más se sustrae al ritmo creador del espíritu, perdiendo todo contacto con la fuente de la espontaneidad vital.

[...]

Incapacidad de conquistar una idea común que unifique y vigorice dispersas actividades, que vincule entre sí, por la conciencia de la propia humanidad y de una finalidad integral, a los profesionales de la cultura; ausencia, en suma, de una síntesis vital, de un ideal humano orientador, tal es el mal profundo y general de nuestro tiempo, su acentuado carácter negativo. Es que nuestra civilización ha desintegrado al hombre, reduciéndolo, para satisfacer sus fines exclusivamente utilitarios, a una pieza de su complicado y omnímodo mecanismo.

[...]



«En un mundo lleno de infinitos dinamismos, empobrécese el hombre más cada día. A medida que va dominando el mundo exterior con aparatos de toda clase, ve el hombre apagarse en sí mismo la visión y la necesidad de una esencia íntima, inmediatamente creadora». Como se ve, tales efectos constituyen los fenómenos que nosotros hemos llamado deshumanización.

II.

[...]

Pues bien, nuestra civilización, no viendo en el hombre «un fin, sino un medio», lo ha relegado al último rango de la tabla de valores. Merced a esta monstruosa anormalidad se ha invertido la natural relación de los términos; la civilización no es para el hombre, sino el hombre para la civilización. El occidente civilizado, al hacer del hombre un simple auxiliar de la máquina y utilizarlo ni más ni menos que como lubricante de los engranajes de ésta, lo mutila y mecaniza, iniciando e impulsando, así, el proceso de deshumanización.

[...]

La gran ventaja de la técnica –pregonan sus cultores– es que «tiende a hacer cada día más innecesario el trabajo manual». Que el progreso de la técnica encamina a este resultado, es un hecho evidente; pero debemos reconocer que por ello se engendra una grave anomalía; una desventaja en un aspecto más fundamental. Porque si es cierto que el hombre se libera del trabajo manual, es al precio de una verdadera mutilación de su personalidad, desde que paulatinamente se convierte en una pieza de las máquinas al ser absorbido por una función automática que anula en él toda posibilidad de perfeccionamiento mental y humano.

[...]

¿Es posible esta humanización de la técnica? Abrir semejante interrogación es abocarnos al difícil problema que nos plantea el marcado desacuerdo existente entre el progreso técnico y el llamado progreso moral, el grado efectivo de perfeccionamiento espiritual y humano. Este desacuerdo, que denuncia el interno desequilibrio de la civilización occidental, proviene de que el progreso técnico, y, en general, el progreso material, se ha

realizado a expensas del desarrollo espiritual, a cambio de un retardo, de una detención en el proceso vital. Tan patente es la desproporción entre ambos, que el incremento adquirido por el primero nos parece, con razón, monstruoso, y ante su realidad nos punza el ánimo un angustioso sentimiento de inadaptación.

[...]

Es que el hombre occidental, al sacrificar su desarrollo espiritual al progreso técnico, ha acabado por depender de los instrumentos que ha forjado. Ha quedado reducido el mismo a



un instrumento secundario. En medio del complicado artilugio de la civilización moderna, lo vemos accionar cual fantasma deshumanizado, en que un estricto automatismo ha suplantado la iniciativa de la vida espontánea. La máquina, de cuyo funcionamiento él llegó a ser pieza accesorio, ha despotencializando su vitalidad, mecanizado sus impulsos, mutilado su alma, reduciéndola a la peor servidumbre, la que por ausencia de toda inquietud de humano perfeccionamiento, ya ha cristalizado en un estado de resignada abdicación de la libertad interior.

[...]

Por esta ruta, ¿hacia dónde va nuestra civilización? A través de su ilusivo brillo externo, de su férrea armazón, de su ruidoso y sórdido industrialismo, de su deshumanizadora y febril tarea utilitaria, ¿cómo reencontrar al hombre en la pureza de su humana dignidad, en sus espontáneos y saludables impulsos, manifestaciones primarias de la fuerza expansiva que lleva a la vida alegre, plena y armoniosa?

[...]

Por fortuna, los mejores espíritus de occidente, que ya han percibido el hondo mal de que adolece nuestra civilización, proclaman la perentoria necesidad de provocar una reacción salvadora. La guerra mundial ha venido a clarificar muchas mentes que, alucinadas por mirajes abstractos, no prestaban atención a la interna dolencia; a poner de manifiesto cuán deleznable eran los pseudos-principios en que se asentaba el mundo moderno, que ha resultado un gigante con acerada armadura y pertrechado hasta los dientes, con pies de barro.

Parece haber sido necesario el estallido de la crisis bélica para que se imponga con operosa evidencia la tarea ineludible de elaboración de una verdadera vida moral y humana.

[...]

No es aventurado, entonces, confiar en que nuestro siglo realice una rehabilitación del hombre, lo encamine hacia un ámbito soleado propicio para la eclosión de floras espirituales inéditas. No en vano ha advenido una nueva sensibilidad a cuyo conjuro parece dilatarse el horizonte de las posibilidades humanas, y el pulso vital cobrar intensidad y aceleración inusitadas.

Cabe todavía esperar que un soplo primaveral remoce a la agostada humanidad, que la mutilada criatura humana se reintegre en la totalidad de su ser, de sus sueños, de su fuerza creadora que, sintiéndose vivir, se reconozca en la pujanza de su brote juvenil.

3.2 CRISIS, REVISIONES, OPORTUNIDADES - La hora americana

Taborda escribió sus Reflexiones sobre el ideal político de América Latina en el año que, como ya mencionamos anteriormente, finalizó la Primera Guerra Mundial y empezaron a dimensionarse los desastres que este conflicto bélico había producido. Paralelamente, como ya dijimos en repetidas ocasiones, la Revolución Rusa estuvo a la orden del día y constituyó, junto con la guerra europea, uno de los acontecimientos más importantes del nuevo siglo. Ambos eventos fueron interpretados, por diferentes razones, como el inicio de una nueva época en la historia. En esta selección que aquí presentamos veremos que Taborda también acompañó, aunque de modo muy particular, esta línea interpretativa.

Saúl Taborda publicó su primer libro, Reflexiones sobre el ideal político de América Latina, en 1918 y fue presentado y discutido en el seno de la Asociación Córdoba Libre, de la cual eran miembros algunos de los principales referentes del movimiento reformista cordobés tales como Carlos Astrada, Deodoro Roca, Arturo Capdevila y los hermanos Orgaz, entre otros. Este libro es sumamente importante para la cultura de Córdoba ya que tuvo gran ascendencia dentro del movimiento estudiantil reformista.

Según su perspectiva, cada época histórica está consagrada por un determinado régimen social y cumple un determinado ciclo en la historia. Trazando paralelismos con un organismo biológico, podría decirse que cada época nace, se desarrolla, alcanza su apogeo y, finalmente, muere. La historia no es más que el conjunto sucesivo de estructuras sociales que hombres y mujeres realizan sin cesar para afirmarse dignamente en el mundo. El movimiento reformista y sus protagonistas fueron testigos, por un lado, de la declinación del régimen europeo representada de manera notable por la guerra desatada en aquel continente, y, por el otro, del nacimiento de un nuevo orden, como dieron cuenta los diversos movimientos sociales y culturales del momento, en particular, las vanguardias políticas. ¿Sería entonces, que la historia estaba, una vez más, mostrando su carácter cíclico? ¿Se estaba cerrando una etapa consumada y agotada, al tiempo que emergía una nueva configuración social, política y cultural?

Tal como advertimos, la interpretación de Taborda está cargada de matices, y sería difícil darle a estas preguntas una respuesta unívoca o definitiva. Interpelado por los levantamientos revolucionarios locales e internacionales, Taborda procuró evitar lecturas apresuradas. Según el pensador cordobés, nunca los nuevos regímenes surgieron de la nada ni fueron una transformación abrupta, radical y espontánea del régimen anterior, por el contrario, surgieron, cual ave fénix, de las ruinas dejadas por un régimen dominante cuando este se derrumba. De manera tal que la nueva estructura o el nuevo orden social que vio nacer el siglo XX se levantó desde las ruinas, desde los escombros, del régimen consagrado por Europa. No es entonces atinado hablar en

términos de revolución, sino más bien de rectificación, esto es, de corrección, depuración y transmutación de valores antiguos o de la experiencia acumulada. Quizá se cierra un ciclo, pero no todo lo que este traía aparejado muere o se desvanece definitivamente. Algo nuevo aparece en el horizonte de la historia, pero ello ¿es un nacimiento propiamente dicho? ¿Es efectivamente algo nuevo en el sentido radical del término?

Es importante entonces entender qué ha sido el régimen occidental-europeo, para poder identificar lo que aquellos nuevos movimientos políticos, intelectuales y culturales del siglo XX venían a rectificar. Taborda describió al régimen europeo como “materialista”. Con esto quiso decir que fue un régimen aferrado a los sentidos y, con ello, al mundo externo e inmediato. Por ello, se encontró atravesado por el afán de descubrir y manipular las relaciones entre las cosas que nos rodean lo cual se tradujo, en última instancia, en una utilización práctica de ellas. Este ideal estuvo expresado en las estructuras políticas, sociales, religiosas, jurídicas, económicas, educativas, culturales y morales del régimen europeo tradicional. Pero a fin de cuentas, fue un régimen que careció de futuro puesto que, agotadas todas sus posibilidades, llevados sus presupuestos hasta las últimas consecuencias, no pudo consolidar un estado de paz y bienestar, que no fue sino el anhelo de toda sociedad humana. Pues, a pesar de haberse alcanzado importantes avances en términos de “calidad de vida”, sobre todo a través de las transformaciones impulsadas por la técnica (electricidad, transporte, comunicaciones, medicamentos, etc.); estos avances no llegaron al conjunto de la sociedad, en virtud de que lo predominante del régimen era la consolidación de relaciones de trabajo y de producción marcadas por la injusticia y la explotación. Ello generaba, entre otras cosas, conflictividad social permanente. La revolución bolchevique se trató de una reacción a este modelo, como también lo fueron los numerosos levantamientos obreros ocurridos en América, en Argentina e incluso en Córdoba, tal como mencionamos en el primer módulo. De modo que Taborda concluye que era imperioso diseñar un nuevo régimen social que afirme la vida humana puesto que el régimen europeo ha terminado por negarla.

Existe una paradoja común entre Taborda y Astrada que es interesante explorar. Si la valoración general de ambos autores acerca de los cambios que se han generado a lo largo de siglos de pensamiento científico-racional es positiva, ¿Sobre qué se apoya cada uno para concluir que aun así el paradigma occidental estaba en crisis? ¿Qué lugar pasaron a ocupar estos avances dentro de una escala de valores más amplia?



¿Podrá entonces América dar vida a este nuevo régimen? América ha sido moldeada, durante siglos, a imagen y semejanza del régimen europeo, y en ese sentido, adquirió sus productos culturales: su ciencia, su agricultura, su industria, su comercio, su idioma, su arte y su historia, y con ellos también sus vicios, carencias, inequidades. Si bien Taborda consideró que muchos de estos productos han sido beneficiosos para América, sin embargo, su lugar no dejó nunca de ser el de una “colonia”, y, por ende, todas sus instituciones se construyeron con el objeto de sostener tal sistema. Por lo tanto, en el momento en que Europa atravesaba su ocaso como ciclo histórico y perdía su carácter rector respecto de los destinos del mundo, América se encontró a sí misma carente de un desarrollo propio, acorde a sus intenciones, sentires y posibilidades. América no había sido América, sino el reflejo de Europa. Tenía, por lo tanto, todo por hacer, en especial, la posibilidad de continuar la misión de la civilización, que se entendía, como ya se ha dicho, como la constitución de una vida humana digna. Fue condición para abrir este proceso que América abandone su europeísmo. Taborda planteó que ese europeísmo debía ser abandonado por un americanismo “bien entendido”, esto era, por una revalorización de lo propiamente americano pero siguiendo la tendencia de la rectificación: aquella que revisa críticamente el pasado, corrige, renueva y construye sobre la base de una experiencia previa.

Trasladando esta cuestión al presente, resulta interesante indagar acerca de cuál es hoy la relación América – Europa, sobre todo en lo que tiene que ver con las instituciones sobre las que se organizan las naciones americanas. Pensemos en el Derecho, la Educación, el Sistema Gubernamental ¿es aun hoy Europa un “espejo” en el que los pueblos de América intentan verse reflejados?



Definida por esta doble condición (América como parte de un régimen que llega a su fin y como cimiento y horizonte de un nuevo orden social), era a ella a quien le toca la tarea de rectificación, de repensar desde esos escombros de una civilización en decadencia las instituciones civiles y políticas acordes a un nuevo tiempo y fieles a la idiosincrasia del continente. Si Europa fracasó por el carácter materialista sobre el que edificó sus instituciones y sus relaciones con el resto del mundo, era entonces un régimen “idealista” el que debía ahora prevalecer. Un nuevo régimen, que sin negar las adquisiciones materiales hechas durante siglos de desarrollo cultural, oriente las instituciones, y con ellas la acción humana, no por medio de los sentidos sino a través de la imaginación. Dicho de otro modo, las nuevas sociedades debían construirse de acuerdo a ideales, esto era, proyecciones de estado de cosas que se encontraban en el porvenir tales como la justicia, la belleza, la bondad, la paz, el bienestar y la libertad, a partir de las cuales guiar la conducta. A partir de esto último, se puede pensar que Taborda les otorgó a los filósofos una función social central, en tanto que ellos serían los encargados de guiar los destinos de la civilización a partir de una reflexión sobre lo propio y la consiguiente postulación de ideales que orienten la acción.

Textos fuentes

Reflexiones sobre el ideal político de América Latina
Saúl Taborda



Una voz

II.

El régimen social consagrado por Europa ha carecido de eficacia para hacer efectiva la paz y con la paz el bienestar del mundo. Nacido en el momento que le determinó el proceso de la Historia, desarrollado sobre los mismos cimientos fundamentales que sirvieran de sostenes a las formas precedentes, desaparece ahora como todas las cosas condenadas desde ab initio a una existencia precaria y transitoria. Desaparece como desaparecieron los regímenes de la India, de Grecia, de Roma; como desaparecieron todos los regímenes ensayados por la civilidad indoeuropea en el transcurso de dos mil seiscientos años.

Una nueva estructura se levantará sobre el orden de cosas abatido. La historia es el recuento de las fórmulas sociales inventadas por el genio de la raza para afirmar su condición; y el genio de la raza no duerme ni claudica. Activo, diligente, atento a todo sigilo, dominado por el afán incontrastable de levantar la vida a su expresión más alta y más augusta, no ha asistido jamás al derrumbe de una fórmula sin haber concebido con anticipación la que debe reemplazarla.

[...]

GLOSARIO

Piedra miliar: Columna cilíndrica de granito que los romanos situaban a los bordes de los caminos como instrumento para medir las distancias. Generalmente, llevaban inscriptas la distancia hacia Roma o hacia la ciudad más importante de la vía.

Creatio ex nihilo: Locución latina que se utiliza para referirse a la creación de algo a partir de la nada

Escisiparidad: Forma de reproducción asexual por medio de la cual un organismo se divide o escinde en dos o más partes, regenerándose en individuos completos. Un ejemplo de este tipo de reproducción se encuentra en las llamadas estrellas de mar o en las lombrices.

Oriflama: (del latín aurum, oro y flamma, llama) Se utiliza como sinónimo de estandarte, bandera o de algo que se despliega al viento.

Una nueva estructura se levantará sobre el orden de cosas abatido. ¿Sobre qué piedra miliar se erguirá? ¿Qué valores vitales le infundirán aliento? Nada viene de la nada; nada se crea ex nihilo. La idea es hija de dos conocimientos en íntimo consorcio, y las fórmulas sociales no escapan al imperio inflexible del principio. No rige para ellas la generación espontánea, ni menos todavía la escisiparidad: lo que es tiene su origen en lo que ya no es. [...]

Una nueva estructura se levantará sobre el orden de cosas abatido. ¡América, hazte ojo!
¡América, hazte canto!

[...]

III.

El hallazgo milagroso de Colón carecerá de importancia y trascendencia por los siglos de los siglos si la historia ha de juzgarlo como un hecho inopinado, sin influencia decisiva en el destino de la raza. “Para el anhelo milenario que finca todo esfuerzo en la esperanza de una vida mejor y más perfecta; para esa honda e indestructible intuición que ha dirigido los pasos de la estirpe en su perpetuo rodar del mediodía al septentrión y de oriente a occidente, de nada servirán nuestras llanuras coronadas de mieses y pobladas de ganados; de nada servirán los tesoros de Aladino conservados en las arcas de los Andes, si América no sabe, si no puede, o no quiere levantar en la cumbre de su vida el oriflama del ideal.

[...]

Al templo de la gloria sólo se entra por la puerta del ideal. El ideal es la moneda de ley con que el genio de un hombre, de un pueblo y de una raza adquiere aquella persistente proyección en el tiempo y el espacio.

[...]

IV.

¡América, la hora!

No basta proclamarse libre para serlo; como no basta atribuirse cualidades para poseerlas. Un examen de conciencia severo y riguroso ha de probarnos que aún no ha concluido la obra comenzada un siglo atrás con la declaración de la independencia americana. Puestos en

condiciones de crear una cultura genuinamente nuestra, por obra de la gesta que cortó de un solo tajo el cordón umbilical que nos ligara al capricho de los conquistadores, dependemos todavía de la civilización transitoria elaborada por Europa

[...]



V.

¡Plutus, dios de la riqueza, nos invade! Vivimos de su empréstito. Le hemos hipotecado el porvenir. Somos sus tributarios. Todo fruto presente y todo fruto futuro es para él. Para él son nuestras mieses; para él el ganado que puebla nuestras pampas. Y en tanto que el esfuerzo americano se aplica a acrecentar sus beneficios, una orden de Londres o de Berlín decide de nosotros, de nosotros los americanos que hace un siglo nos proclamamos libres (...) Su industria y su comercio no ha traído solamente el beneficio de la tela que cubre nuestras carnes, del pan que es bienestar de los hogares, de la luz que los alumbrá, del calor que los conforta, de la locomotora que anula las distancias, del

telégrafo que une y que vincula: ha traído también el proceso doloroso de la producción capitalista al estilo europeo, con el séquito obligado del vicio y la miseria. América, que tiene territorios suficientes para dar alojamiento a todo el género humano y que posee las riquezas necesarias para hacerle posible una vida más digna y superior, presa de hondas y pavorosas inquietudes, ha tiempo que se afana en resolver idénticos teoremas de ceros que los que han provocado la bancarrota irreparable de veinte siglos de cultura europea. “El dilema de hierro del príncipe de Shakespeare es también el dilema americano. To be or not to be. Ser, o no ser. Estamos en el punto en que se cruzan los senderos. La mano del destino ha renovado el trazo de la espada del conquistador. ¡Ahora o nunca! ¡Ahora o nunca más!” ¡Plutus, dios de la riqueza, nos invade! Nos conquista, nos manda, nos gobierna y nos explota. He ahí la realidad. Es preciso confesarlo. La verdad es buena, es santa, es saludable. El cauterio es doloroso, pero cura. De más está engañarse con ilusiones sobre todo ahora cuando no existe un sólo espíritu verdaderamente americano que no se inquiete y no sienta gravitar sobre su sensibilidad esta tiranía cauta y silenciosa.

VI.

¡América, la hora!

La sombra del dios áureo es sombra de manzanillo para toda belleza y todo ideal. Desde el día que Europa, colmados sus arcones, levantó, como por obra de encanto, los talleres de su industria y su comercio, ha dejado de pensar y se contenta con roer las migajas de su antiguo festín espiritual. No la agitan las quimeras gloriosas de otros tiempos; sus ojos se han cegado para las albas del espíritu, y, como si pesara sobre su materialismo la bíblica condena de la esterilidad, se han agotado sus entrañas para la concepción del ideal

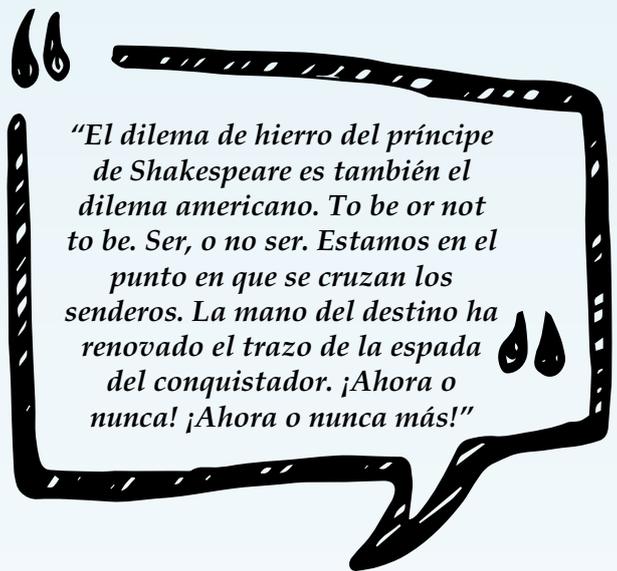
[...]

VII.

¡América, la hora!

El dilema de hierro del príncipe de Shakespeare es también el dilema americano. To be or not to be. Ser, o no ser. Estamos en el punto en que se cruzan los senderos. La mano del destino ha renovado el trazo de la espada del conquistador. ¡Ahora o nunca! ¡Ahora o nunca más!

A cien años de distancia del heroico gesto de nuestros antecesores, el homenaje más grande que podemos y debemos tributarle es confirmarlo de modo indestructible en esta hora de suprema incertidumbre, de angustia universal. Nunca instante más propicio que el presente para afirmar ante la faz del mundo que si Europa ha llenado veinte siglos de la Historia, el Futuro pertenece por entero a la gloria americana.



Cien años hace que nos dijimos libres: ¡comencemos a serlo! Seamos americanos. Seamos americanos por la obra y por la idea. ¡Ahora o nunca! ¡Ahora o nunca más! O simples factorías al servicio de Europa, o pueblos independientes al servicio del ideal. He ahí la alternativa. ¡América, la hora!

Rectificar a Europa

I.

Quedan expuestos de una manera sintética los valores creados o adoptados por la civilización que ahora cierra un ciclo de la historia. Inaptos para realizar las nuevas concepciones del espíritu, empeñándose a todo trance en sostener y cohonestar un orden de cosas anacrónico, su Estado, su política militante, su justicia, su régimen agrario, su ilustración, su Iglesia y su moral de clase, estarán de más en más fuera de su órbita y de su tiempo porque de más en más serán incompatibles con las más altas aspiraciones de la especie.

La consecuencia decisiva que emerge de su conocimiento es la que fija y determina el ineludible deber americano: rectificar a Europa.

[...]

Europa ha fracasado. Ya no ha de guiar al mundo. América, que conoce su proceso evolutivo y así también las causas de su derrota, puede y debe encender el fuego sagrado de la civilización con las enseñanzas de la historia.

¿Cómo? Revisando, corrigiendo, depurando y trasmutando los valores antiguos, en una palabra, rectificando a Europa.

II.

No entraña un desconocimiento deliberado de nuestra filiación; no es vano empeño o soberbio desplante de mal entendido americanismo la idea de que América debe desligarse de una vez de la tutela varias veces centenaria de Europa.

Europa descubrió, conquistó y civilizó el continente que habitamos. Fueron suyas las naves que surcaron el piélago sombrío y trajeron a estas playas la expresión de una cultura superior

[...]

Fueron sus hijos quienes nos trajeron la industria y el comercio y con ellos la conciencia de nuestra personalidad y el designio seguro de afirmarla en el tiempo y el espacio. Fueron sus hijos quienes nos dieron el tesoro inapreciable del idioma, Santo Grial en cuyo cáliz América ha bebido el licor maravilloso del arte y de la ciencia. Justo es reconocer el beneficio recibido y justo es agradecerlo con el hondo y solidario sentimiento de unánime adhesión y de cariño infinito que llena el alma de América y la exalta en el trance de angustias indecibles que ponen tan sombrías perspectivas en el hogar antiguo.

Pero si es cierto que Europa nos ha dado todo lo bueno que podía darnos también es cierto que, al imponernos su fórmula social, nos endosó sus vicios y sus fallas. Cerraríamos los ojos a designio, como el torpe que se esfuerza en engañarse, si al fijar y orientar el porvenir ajustáramos el pensamiento a otro orden de consideraciones que aquel que nace con espontaneidad de los acontecimientos de la historia. Antes que nada, Europa nos descubrió movida por el anhelo de satisfacer necesidades materiales de sus pueblos [...]

Europa necesitaba colonias abundantes en productos y riquezas, y colonias abundantes en productos y riquezas fuimos hasta hoy y seguiremos siendo mientras la cultura americana no sea otra cosa que un pálido reflejo de la cultura europea.

Ajena por completo a la idea de que con el correr del tiempo América pudiera dar origen a una manera de ser distinta de aquellas que se han sucedido en el proceso de la civilidad, Europa se dedicó a expoliarla según sus métodos usuales, sin más finalidad que el aprovechamiento inmediato de los cueros de Buenos Aires, del oro de Méjico y de la plata del Perú. Le dio sus usos y costumbre y, al mismo tiempo, le impuso las instituciones políticas y civiles elaboradas por ella en muchos siglos de una lucha constante y dolorosa de potentados y serviles, de vencedores y vencidos, sin sospechar que alguna vez América podía concebir un derecho más alto y más sagrado que el derecho divino, un ideal más noble que el de los dogmas legislados por los magnates del concilio de Trento, un régimen de propiedad más justo y más humano que aquel que consagraron las concepciones jurídicas de Ulpiano. Careció en todo momento de la intuición de que el nuevo continente, libre de los reatos y de las trabas ancestrales que a ella la maniatan y condenan a una perpetua esterilidad, podía resolver, tarde o temprano, los problemas pavorosos que ahora la han forzado a la liquidación de una hecatombe y malogró las nuevas fuerzas vivas atosigándolas con sus valores feudales.

De este modo, por avaricia, por inepticia y por inopia espiritual, la influencia europea sobre América, durante el coloniato y después de él, ha hecho y está haciendo perder para la raza el momento más feliz y oportuno de la historia.

He ahí por qué América, que puede realizarse, que debe realizarse según el categórico imperativo de su sino, necesita romper el compromiso que liga su cultura a la cultura europea; he ahí por qué es urgente hacer de

“Europa necesitaba colonias abundantes en productos y riquezas, y colonias abundantes en productos y riquezas fuimos hasta hoy y seguiremos siendo mientras la cultura americana no sea otra cosa que un pálido reflejo de la cultura europea”

modo que la manía furiosa de europeización que nos domina no nos impida ser originales, esto es, americanos por la creación de instituciones civiles y políticas que guarden relación con nuestra idiosincrasia; he ahí por qué es urgente hacer de modo que América no esté circunscrita a pensar, a sentir y a querer como piensa, siente y quiere Europa. La ciencia, observada en su íntimo proceso, no es más que una constante y reflexiva rectificación de la experiencia; y si América quiere edificar su porvenir sobre los sólidos y firmes cimientos que aquélla

proporciona, es preciso apurarse a revisar, corregir; desechar o transmutar, según sea conveniente, los valores creados por Europa. Revisar, corregir, desechar o transmutar los valores europeos, así cueste lo que cueste, por el hierro y por el fuego si fuere menester, es, a mi juicio, la misión que nos compete en este instante decisivo de la historia.



3.3 UNIVERSIDAD, CULTURA, SOCIEDAD - La juventud heroica

Como también veremos en el módulo siguiente, la Reforma Universitaria del 1918 significó mucho más que la estricta preocupación por imponer en el ámbito académico algunas acotadas modificaciones que permitiesen la renovación y democratización de la enseñanza superior. Si bien esto puede encontrarse entre las motivaciones concretas de sus actores o, incluso, en el resultado final del proceso iniciado en el '18, lo cierto es que en su espíritu, el movimiento reformista aspiraba a más que eso. Fundamentalmente, porque no se entendía a sí mismo como un colectivo reunido en torno a reivindicaciones sectoriales, sino como elemento esencial de un tiempo de transición cultural desde lo viejo hacia lo nuevo. Eso les permitía a los reformistas pensarse a sí mismos como actores sociales obligados a intervenir en su tiempo. Y por eso mismo, se vieron en la tarea de reflexionar sobre sus características frente a otros actores de la sociedad, sobre sus capacidades, sus medios de acción, entre otros. Roca lo entendió así cuando en su discurso caracterizó a este tiempo (su tiempo, Córdoba, América, Occidente, el '18) como la hora americana y el tiempo de la juventud. Es decir, plantea que el momento actual era el tiempo en el cual la juventud universitaria de América pasaría a ocupar un lugar central en el porvenir de la civilización occidental.

En esta caracterización de su tiempo, Roca inscribió el acontecimiento de la Reforma Universitaria en un horizonte de sentido que excedió el ámbito universitario. El líder reformista miró, por un lado, el momento en el que se encontraba el país. Por aquellos años, como mencionamos en el módulo inicial, con la llegada de Yrigoyen al poder se daba por consolidado el proyecto nacional impulsado por la élite dirigente desde 1880 y que tenía por modelo la cultura europea moderna. Pero, por otro lado, con una mirada aún más amplia, observó que la etapa actual de la historia de Occidente estaba marcada por el “incendio de Europa”, que no era sino una alusión a la Primera Guerra Mundial, a sus desgraciadas consecuencias para la humanidad, pero también a los antecedentes que habían creado el contexto para tan trágico desenlace. Ello significaba, ni más ni menos, el fracaso del modelo seguido en la construcción de la nación.

A un mes de los acontecimientos reformistas, se llevó a cabo en la ciudad de Córdoba el Primer Congreso Argentino de Estudiantes Universitarios. Durante siete días, los principales representantes del movimiento estudiantil de las diferentes universidades del país se congregaron en el Teatro Rivera Indarte (actual Teatro del Libertador Gral. San Martín) para deliberar sobre la actualidad y el porvenir de las universidades argentinas. El discurso de Roca que aquí traemos fue pronunciado como acto de clausura en la última sesión del Congreso.

Ante esta situación, Roca fue capaz de hacer una mirada retrospectiva y ver en lo que la Argentina y América se habían convertido siguiendo ese modelo. Con un diagnóstico similar al de Astrada y Taborda, pero desde un abordaje diferente, Roca consideró que ese modelo continuaba, por otros medios, la obra colonizadora que, desde la Conquista, había relegado al país y a la región a condiciones de explotación y “mediocridad”. La vida en nuestra tierra, en todos sus niveles, transcurría, según el autor, bajo la impronta de generar riquezas materiales “para otro” y, a cambio, recibíamos de ese “otro” la referencia sobre la cual medirnos como cultura. Bajo este doble servilismo, económico y cultural, América y Argentina habían perdido la capacidad de valorar y defender sus recursos, sus fuerzas de trabajo, su espíritu nacional; habían parido y criado hombres resignados, faltos de valentía, incapaces de abrirse a la comprensión de lo que Roca llama “lo nuestro”. En este sentido, desde una posición que en principio podemos caracterizar como “espiritualista”, Roca definió a los hombres de estas generaciones, en particular a los de la llamada “generación del ochenta”, por estar volcados exclusivamente a lo exterior, descuidando la propia “interioridad” – en sintonía con lo que planteaba Astrada en la “Nota preliminar” vista en el módulo anterior.

A lo largo del siglo XX, muchos acontecimientos y reflexiones han mantenido viva la pregunta por el lugar de América en la cultura occidental. A la luz de ello, es posible preguntarse y analizar si el diagnóstico de Roca respecto a la relación de dependencia, tanto cultural como económica, de América respecto a Europa sigue vigente en alguna dimensión de la actualidad.



Ante el derrumbe de Europa, entonces, fue el tiempo de América: el tiempo de revitalizar sus “fuerzas autóctonas” – esas que, según Roca, agitaron nuestro anhelo independentista –, de finalmente llevar a cabo la revolución que destierre los vicios de las viejas generaciones y que sea capaz de crear un hombre nuevo, portador de una “nueva sensibilidad” para con los problemas de su tiempo y de su tierra, pero también para afrontar los problemas universales de la cultura. No se trató entonces de una confrontación abierta entre lo viejo y lo nuevo, sino, más bien, un lento y complejo proceso, aunque sin retorno, de reemplazo de antiguas formas culturales por nuevos ideales reguladores de la vida humana. “Andamos sobre la tierra de América”, indicó Roca, cuando en realidad se trató de “vivir en ella”; lo que implicó no aceptar un destino histórico determinado de antemano, sino forjar una verdadera conciencia respecto a nuestros problemas, nuestras virtudes y potencialidades, así como también, a nuestras limitaciones, dolores y conflictividades. Todo ello pensado para superar obstáculos y hacer grande una tierra que aun teniendo todas las condiciones para serlo, se encontró sumida en la “mediocridad”. Este término, sin duda, tuvo como fuente la caracterización que de los hombres mediocres hizo José Ingenieros en su libro más famoso. Allí, quien fue considerado por los reformistas como uno de los “maestros de la juventud”, definió a la mediocridad como la incapacidad de producir por iniciativa propia ideales a realizar en el porvenir fruto de estar movido solo por intereses materiales, preceptos, dogmas o prejuicios transmitidos por la tradición y la costumbre.

Recuperando la tradición juvenilista transmitida a los reformistas, principalmente, a través del Ariel de José Rodó, Roca encontró a este hombre nuevo en la juventud. Este pensador cordobés definió a la juventud, retomando un término de Ortega y Gasset y haciendo referencia a la generación novecentista española, como una “nueva generación”: la “generación de 1914”. Roca vio, en esta nueva generación, la posibilidad de desterrar esos vicios denunciados para llevar adelante las transformaciones requeridas. Ello se debió a que, como ha dicho en el Manifiesto Liminar, la juventud era pura, es decir, se encontró incontaminada de aquellas tendencias que atentaban contra el espíritu, la personalidad y la vida. De esta manera, se asumió que la juventud era capaz de reconocer la realidad de su tierra y de su tiempo, y de reconocerse como protagonista de un cambio profundo en esa realidad. Cargado de optimismo, el discurso de Roca era una invitación a que esas almas jóvenes abandonen las pretensiones egoístas y utilitarias para afrontar la vida con carácter heroico e inquieto, con ansias de construir un futuro diferente, mejor y más justo, con anhelos de conocimiento y con la disposición de espíritu para sacrificarse en cada acto para construir un porvenir prometedor para la nación y para América.

Uno de los libros que más impacto tuvo sobre la juventud reformista fue El hombre mediocre de José Ingenieros, publicado en 1913, escrito en Europa y supuestamente inspirado por el entonces presidente Roque Sáenz Peña, luego de que el Poder Ejecutivo vetara su designación como profesor titular de la cátedra de Medicina Legal de la UBA. Allí, Ingenieros realizó un estudio sociológico, psicológico y moral de hombres mediocres, en comparación con los hombres superiores o idealistas, y los hombres inferiores o inadaptados sociales.

Pero Roca no pensaba en la juventud de manera general, sino específicamente en la juventud universitaria, pues vio en la universidad el lugar privilegiado de la transformación: fue desde la universidad que se pudo pensar en cambios para toda la sociedad, ejecutando lo que podría denominarse una “revolución desde arriba”. De manera tal que la juventud universitaria de América se presentó como el sujeto histórico por excelencia. Ahora bien, el rol del joven estudiante universitario, al interior de la institución, consistió en desterrar prejuicios, democratizar saberes, velar por la calidad académica, exigir “profesionalidad” y no “profesionalismo” – al contrario de lo que sucedía hasta entonces en la universidad cordobesa según vimos en el módulo anterior –, y compromiso y apertura hacia nuevos valores. Por otro lado, hacia afuera de ella, su tarea adquirió un carácter social, en el sentido de la “Extensión universitaria” mencionada en el primer módulo: entender la realidad de su pueblo y la coyuntura histórica, aprovechar su posición de privilegio para acercar a las masas una nueva visión de mundo, consolidar un nuevo modelo de civilización, cimentar una cultura genuinamente nacional y americana.

Esta no se trató una cuestión de legislaciones, ni de derechos, ni de igualdad; era la cuestión de la democracia pensada en un sentido más amplio y abarcativo, como fuerza creadora de hombres nuevos o individuos, y no sólo como mecanismo de atribución de derechos a las masas – cuestión que retomaremos en el próximo módulo. A fin de cuentas, en palabras del Roca, “estos son, más que problemas de leyes, problemas de almas”. A la luz de esto, hoy nos podemos preguntar, entre otras cosas, si las instituciones escolares actuales tienen y/o deben tener el lugar que Roca les reclamaba; ¿qué importancia le dan los estudiantes a las escuelas y a su lugar en ellas?; ¿cuál es el papel, las expectativas y los intereses de los estudiantes del Nivel Secundario como actores sociales y como futuros estudiantes universitarios?

Ortega y Gasset esbozó la idea de “nueva generación” principalmente en su libro El tema de nuestro tiempo. Allí, el filósofo español estableció que la diferencia entre generaciones no era motivo de una cuestión etaria, sino cuestión de una modificación de la sensibilidad, una reforma desde la raíz de las ideas, valoraciones e instituciones recibidas. Cada generación consistió, así pues, en una peculiar sensibilidad. Por otra parte, los novecentistas españoles también fueron conocidos como la Generación de 1914. Entre ellos se destacaron, además de Ortega, otros pensadores con gran ascendencia entre los reformistas como Eugenio d'Ors, Manuel Azaña, Manuel García Morente, Gabriel Miró, entre otros



Fotografía de una de las sesiones del Congreso. Extraída del diario La Voz del Interior, del día 25 de Julio de 1918.



Estudiantes universitarios de Córdoba durante los acontecimientos reformistas de 1918, marchando por las calles portando una larga bandera argentina.

* Publicado en: Simmel, G., *El conflicto de la cultura moderna*, Córdoba, UNC, 2011

Textos fuentes

La nueva generación americana Deodoro Roca



Pertenecemos a esta misma generación que podríamos llamar “la de 1914”, y cuya pavorosa responsabilidad alumbró el incendio de Europa. La anterior, se adoctrinó en el ansia poco escrupulosa de la riqueza, en la codicia miope, en la superficialidad cargada de hombros, en la vulgaridad plebeya, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones de agropecuismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocrizante.

Fugábase la espiritualidad; hasta el viejo “espirit” de los criollos –gala de fuerza nativa, resplandor de los campamentos lejanos en donde se afianzó nuestra nacionalidad– iba diluyéndose en esta grisácea uniformidad de la conducta, y enredándose en las oscuras prácticas de Calibán.

[...]

Y en todos los campos se inició la reacción. La primera y la más gloriosa y enteramente solidaria con las demás, fue la cruzada literaria. Las penúltimas generaciones estaban espesas de retórica, de falacia verbal que trascendía a las otras falacias, pues lo que en el campo literario era grandilocuencia inútil, en el campo político era gesticulación pura, en el campo religioso rito puro, en el campo docente simulación clínica o pedantería hueca, en la vida comercial fraude o escamoteo, en el campo de la sociabilidad ostentación brutal, vanidad cierta, ausencia de real simpatía, en la vida familiar duplicidad de enseñanza, y en el primado moral enajenación de rancias virtudes en favor de vicios ornamentales.

GLOSARIO

Calibán: Personaje del Ariel de José Rodó (aunque también de muchas obras literarias más, comenzando por La tempestad, de Shakespeare, en la que se inspiró Rodó). En general se lo identifica con “el salvaje”; en el caso del Ariel, representa al hombre guiado por intereses exclusivamente materiales, utilitarios o económicos.

-Rastacuero: Término que hace referencia a quien se enriquece rápidamente, al tiempo que hace ostentación de su nueva riqueza y la derrocha para ganar la atención de los demás.

-Plutocracia: Forma de gobierno en que el poder político es ejercido por quienes ostentan el dominio económico de la sociedad.

Entonces, se alzaron altas las voces. Recuerdo la de Rojas: lamentación formidable, grave reclamos para dar contenido americano y para infundirle carácter, espíritu, fuerza interior y propia al alma nacional; para darnos conciencia orgánica de pueblo. El centenario del año 10 vino a proporcionarle razón. Aquella no fue la alegría de un pueblo sano bajo el sol de su fiesta. Fue un tumulto babélico; una cosa triste, violenta, oscura.

El Estado, rastacuero, fue quien nos dio la fiesta. Es que existía una verdadera solución de continuidad entre aquella democracia romántica y esta plutocracia extremadamente sórdida. Nuestro crecimiento no era el resultado de una expansión orgánica de las fuerzas, sino la consecuencia de un simple agregado molecular, no desarrollo, y sí yuxtaposición. Habíamos perdido la conciencia de la personalidad.

Volvemos hacia la contemplación de la propia tierra, y hacia la de nuestros hermanos: “adentrarnos” en nosotros mismos y encontrar los hilos que nos atan a nuestro universo en las fuerzas que nos circundan y que nos llevan a amar a nuestro hermano, a labrar nuestro campo, a cuidar nuestro huerto, a dar de nosotros todo lo que los demás piden, ser como el buen árbol del bosque nórdico del recuerdo de Bravo, que mientras más hunde sus raíces, más alto se va para las estrellas y más vasta sombra proyecta para aliviar la fatiga de los errantes viajeros: tal parece ser el sentido de lo que llega.

“¡Crear hombres y hombres americanos, es la más recia imposición de esta hora!” Dos cosas –en América y, por consiguiente, entre nosotros– faltaban: hombres y hombres americanos. Durante el coloniaje fuimos materia de explotación; se vivía sólo para dar a la riqueza ajena el mayor rendimiento. En nombre de ese objetivo, se sacrificó la vida autóctona, con razas y civilizaciones; lo que no se destruyó en nombre del Trono se aniquiló en nombre de la Cruz. Las hazañosas empresas de ambas instituciones –la civil y la religiosa– fueron coherentes. Después, con escasas diferencias, hemos seguido siendo lo mismo: materia de explotación. Se vive sin otro ideal, se está siempre de paso y quien se queda lo admite con mansa resignación. Es esta la posición tensa de la casi totalidad del extranjero y esa tensión se propaga por contagio imitativo a los mismos hijos del país. De consiguiente, erramos por nuestras cosas –sin libertad y sin el desinterés y sin “el amor de amar” que nos permita comprenderlas. Andamos entonces, por la tierra de América, sin vivir en ella. Las nuevas generaciones empiezan a vivir en América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan, a renegar de literaturas exóticas, a medir su propio dolor, a suprimir los obstáculos que se oponen a la expansión de la vida en esta tierra, a poner alegría en la casa, con la salud y con la gloria de su propio corazón.

Esto no significa, por cierto, que nos cerremos a la sugestión de la cultura que nos viene de otros continentes. Significa sólo que debemos abrirnos a la comprensión de lo nuestro.

Señores: la tarea de una verdadera democracia no consiste en crear el mito del pueblo como expresión tumultuaria y omnipotente. La existencia de la plebe y en general la de toda masa amorfa de ciudadanos está indicando, desde luego, que no hay democracia. Se suprime la plebe tallándola en hombres. A eso va la democracia. Hasta ahora –dice Gasset– la democracia aseguró la igualdad de derechos para lo que en todos los hombres hay de igual. Ahora se sienta la misma urgencia en legislar, en legitimar lo que hay de desigual entre los hombres.

¡Crear hombres y hombres americanos, es la más recia imposición de esta hora!

Y bien, señores. El mal ha calado tan hondo, que está en las costumbres del país. Los intereses creados en torno de lo mediocre –fruto característico de nuestra civilización– son vastos. Hay que desarraigarlos, operando desde arriba la revolución. En la Universidad está el secreto de la futura transformación. Ir a nuestras universidades a vivir no a pasar por ellas; ir a formar allí el ama que irradie sobre la nacionalidad: esperar que de la acción recíproca entre la Universidad y el Pueblo, surja nuestra real grandeza. La confederación de los espíritus realizada en sus formas suplantará a las otras.

Probablemente la organización de los pueblos se realizará conforme al tipo de una cierta Universidad, que todavía no hemos delineado, pero al que se aproximan en mucho las universidades americanas. Y yo tengo fe en que para estas cosas y para muchas tan altas como ésta, viene singularmente preparada nuestra generación. En palabras recientes he dicho que ella trae una nueva sensibilidad, una posición distinta e inequívoca ante los problemas universales de la cultura.

[...]

Donde quiera que esta juventudensaya algo, se advierte ya la presencia del espíritu que ha de culminar en su vida.

[...]

La revolución que ha comenzado, yo creo, no estaría satisfecha, con una ley solamente, porque, como enuncia la recordada frase de Nelson, estos son más que problemas de leyes: son problemas de alma.

[...]

Por vuestros pensamientos pasa, silencioso casi, el porvenir de la civilización del país. Nada menos que eso, está en vuestras manos, amigos míos.

En primer término, el soplo democrático bien entendido. Por todas las cláusulas circula su fuerza. En segundo lugar, la necesidad de ponerse en contacto con el dolor y la ignorancia del pueblo, ya sea abriéndole las puertas de la Universidad o desbordándola sobre él. Así, al espíritu de la nación lo hará el espíritu de la Universidad

[...]

No importa que nada se consiga en lo exterior si por dentro hemos conseguido mejorarnos.

[...]



Autores:

Coordinación pedagógica:

Paula Gordillo.

Colaboración:

Mariano Campilia, Amadeo Laguens.

Elaboración:

Equipo de Investigación sobre Filosofía y Cultura en Córdoba, FFyH, UNC: Carla María Galfione (Directora), Ignacio Germán Barbeito (Co-director), Juan Pablo Padovani, Facundo José Moine, Ezequiel Grisendi, Paulina Iglesias.

Diseño gráfico y diagramación:

Área de Comunicación y Prensa.



AUTORIDADES

Gobernador de la Provincia de Córdoba

Cr. Juan Schiaretti

Presidente Provisorio Cámara Legislativa

Dr. Oscar Félix González

Ministro de Educación de la Provincia de Córdoba

Prof. Walter Mario Grahovac

Secretaria de Educación

Prof. Delia María Provinciali

Subsecretario de Promoción de Igualdad y Calidad Educativa

Dr. Horacio Ademar Ferreyra

Directora General de Educación Inicial

Lic. Edith Teresa Flores

Directora General de Educación Primaria

Lic. Stella Maris Adrover

Director General de Educación Secundaria

Prof. Víctor Gómez

Director General de Educación Técnica y Formación Profesional

Ing. Domingo Horacio Aringoli

Director General de Educación Superior

Mgter. Santiago Amadeo Lucero

Director General de Institutos Privados de Enseñanza

Prof. Hugo Ramón Zanet

Director General de Educación de Jóvenes y Adultos

Prof. Carlos Omar Brene

Directora General de Educación Especial y Hospitalaria

Lic. Alicia Beatriz Bonetto

Director General de Planeamiento, Información y Evaluación Educativa

Lic. Nicolás De Mori